

JAVIER VELA

**REVELACIONES DE LA
MAESTRA DEL ARCO**

PRE-TEXTOS CONTEMPORÁNEA

ASÍ EMPIEZA LA HISTORIA

La maestra del arco está apostada frente a la galería mirando fijamente a través del cristal.

Permanece de pie con las manos entrelazadas a la espalda, como si esperase una súbita aparición.

Viste un kimono de satén estampado en varios tonos de azul, al más puro estilo tradicional japonés, con un motivo de pájaros que revolotean entre copos de nieve.

Junto a ella, sobre una mesa baja acolchada, reposan varios objetos: una espiral de cuerda, una libreta abierta por una página en blanco, un lápiz de grafito y un par de tazas de té.

A su derecha, Roli, la gata blanca que cayó del cielo, dormita en un cojín.

Así empieza la historia.

UN DICHO POPULAR

Existe un dicho que la maestra del arco no pasará por alto: «Corta el límite entre antes y después».

Lo oirá siendo aún muy joven y ya no podrá obviarlo.

En ocasiones, se lo recuerda a sí misma.

En nuestro idioma, *kyūdō* significa: «el camino del arco».

Por descontado, existen otros caminos: *aikidō*, «el camino de la energía armoniosa»; *kadō*, «el camino de las flores»; *shodō*, «el camino de la caligrafía»; *kendo*, «el camino del sable».

Pero este es el que ella ha elegido: el camino del arco.

Quizá, más bien, se trate de una senda. Los bosques de montaña están llenos de sendas sin salida. Sendas abandonadas, un día intuitas por los leñadores que trabajaban en el oquedal, y que hoy no llevan a ninguna parte, salvo a un claro de bosque donde tan sólo hay piedras cubiertas por el musgo y viejas zarzas podridas.

Sobre una de esas piedras, una inscripción anuncia: «Por ti pasa un camino».

ARASHIYAMA, 1990

Estamos a principios de 1990, en Arashiyama, al oeste de Kioto.

La casa de la maestra del arco, blanca y achaparrada, remata el piedemonte de una espaciosa loma situada a las afueras de la localidad, a orillas del río Hozu. En su interior, sobriamente amueblado, concurren sin embargo abundantes objetos decorativos.

En la sala de estar, el *tokonoma*, una sobria hornacina que se eleva un peldaño sobre el nivel del tatami, alberga un cuadro abstracto y una mesita baja con un arreglo de flores que da volumen y dignidad al cubículo, por lo demás vacío.

A diario, la maestra se inclina ante una suerte de altar en cuyo centro asoman sendos tazones de sal de jazmín, desti-

nados a los espíritus, junto a un pequeño espejo que invoca a Amaterasu, la diosa *shintō* del sol.

Por todas partes platillos y cofrecitos de nácar llaman nuestra atención.

Un vaso barnizado con esmalte remeda tan fielmente el bronce antiguo que haría falta tocarlo para que reparásemos en que es sólo una buena imitación.

En un biombo plegable de seis cuerpos la madera convive sin esfuerzo con el papel de arroz.

La luz es suave y extrañamente uniforme.

Sobre el peldaño que delimita el *genkan*, en la entrada, Roli sesteá en silencio.

PROVERBIO JAPONÉS

«El poeta es un arquero sin flechas».

PARA QUÉ SIRVE UN ARCO

No es un secreto que los japoneses tienen de hecho dos nombres.

El primero se les asigna al nacer. A su muerte, otro nombre es grabado en su recuerdo sobre una tabla de arce.

Cuando hace un poco de viento las tablillas recientes entrechocan con las que rememoran a los antepasados en una especie de panteón familiar.

Por ahora, el solo nombre de la maestra es Naoko.

Su cara ovoide y de nariz achatada, de ojos pequeños e inexpresivos, se nos antoja netamente nipona. Su piel es clara, de una blancura sin mancha y apenas si animada por una fina película de purpurina. Las cejas, afeitadas, han sido sus-

tituidas por dos líneas tatuadas sobre la parte baja de la frente a fin de alargar el rostro.

A veces Omu, el cartero, de natural indiscreto, se la queda mirando con expresión perpleja y pone en solfa la utilidad de su arte.

–¿Para qué sirve un arco, hoy en día? –le dice.

–Para tensar preguntas –responde entonces Naoko con una media sonrisa.

EL LIBRO DE LA REVELACIÓN Y EL CAMINO

«El *kyūdō* alienta el encuentro del arquero consigo mismo», se lee en *El libro de la revelación y el camino*, que Naoko hojea con frecuencia. «Es un intento de aproximar lo inconsciente a la esfera consciente del individuo, labor que en ocasiones ocupa toda una vida».

KOJIMA JŌSHŪ

El padre de Naoko se desempeñaba como artesano en Shizuoka, en la comarca de Abe, elaborando toda suerte de objetos y piezas de bambú.

Durante cierta época, mientras Kojima Jōshū asimilaba los rudimentos técnicos que le exigía el oficio, Naoko y él subsistieron vendiendo cepas de cáñamo en medio de la vía pública.

Con el esfuerzo y la honestidad de su padre, escrupulosamente administrados, lograron resistir, y al menos por un tiempo fueron casi dichosos en medio de una atmósfera de general miseria.